

ra sido mi alma, creo que se habría remojado con las lágrimas que persaban correr de aquellos ojos al relatar cuita tanta. ¡qué extraño era que le deslizara un par de pesos á aquella desventurada para medio salir de aprietos?

No fueron pocos en los que me puso un otro caballero que tenía á su esposa en cama, y en momentos de querer aumentar su familia, sin tener ni vela, ni cosa que de servir fuera en momentos tan angustiados. Su relato fué tan sentimental y su acento tan insinuante, que aun tentado me ví de ofrecérmele por compadre, lo cual me evitó despidiéndose violentamente luego que vió en su mano algunas monedas salidas de mi gaveta.

Después de este fué una pseudo-doncella que con papel en mano se me presentó solicitando un auxilio para comer aquel día, adoptando de preferencia semejante arbitrio por no seguir otro camino mas fácil para salir de pobreza, lo cual le aconsejaba su educacion y sus principios. Era tan sencillo y de tan insignificante costo el medio de salvar aquella *virtud* que no vacilé en dejarme enternecer.

A continuacion de estos vinieron otros y otras que con distintos motivos tenían iguales necesidades, tan urgentes, tan apremiantes que no se podían hacer esperar. Unos necesitaban un deshecho de ropa, otros pedían para hacerse una camisa, otros para vestir á una hermanita, otros para llevar de comer á media docena de tiernos hijuelos, otros para curar á una anciana madre. Yo atendí muchos de esos pedidos, una vez soñando la *mosca*, y otras dando salida á mis vestidos hechos en las batuecas y aun algunos de los confeccionados en la corte, y creo que habría acabado hasta con la ropa de mi cama, á no haber sido por varias circunstancias que me hicieron abrir los ojos, y conocer que era un bendito al creer todas las historias que me habían relatado aquellos honrados caballeros de industria.

Antenoche salía de una visita, y á pocos pasos fui saludado muy urbanamente por un individuo cuyo metal de voz había oído otra vez: me refirió que era hijo de buena familia y que su padre acaba de morir, &c. &c: toda la historia del primer solicitante: en el acto entendí que el antiguo conocido me había tomado por otro, gracias á ir embutido en un *ragland* acabadito de estrenar. Fui dando conversacion hasta que llegamos á una puerta que arrojaba á la calle luz suficiente para vernos las caras, y poniéndomele frente por frente, hice ademán de llevar mi mano al bolsillo, movimiento que él siguió con la vista con mas precision que un perro hambriento el itinerario del bocado que codicia. Como su atencion estaba fija en otra parte, fuéme preciso llamarla hácia mi cara, creyendo que con eso se daría por satisfecho: me vió y cuando yo esperaba que se inmutara, lo ví mas impávido que un vencedor delante de su enemigo, lo que me hizo dudar si seria el mismo que ya conocia; pero la polka, los lentes, la cinta, todo me confirmó en nuestras antiguas relaciones. “Caballero, le dije: supuesto que su padre de vd. no tiene con que enterrarse, aconséjele que no se muera tantas veces: creo que la media onza que le dí á vd. no se ha de haber gastado tan pronto que al tercer día necesite refaccion.—“Páselo vd., bien,” —fué toda la respuesta que obtuve.

Este lance tenía lugar en una de las calles mas centrales de la corte, y recordando que allí cerca había un café donde se tomaba muy bueno de tiempo inmemorial, me dirijí á él, no obstante que goza de una fama, dirémos mejicana, en cuanto á lo selecto de su concurrencia. Creo que aun le llaman *el infiernito*. Llegué al antiguo despacho y pedí una taza de café, y apenas empezaba á saborearlo y á divagar entre las columnas de humo que salían de mi cigarro y se mezclaban con los vapores de la taza, cuando oí á mis espaldas una voz bastante conocida.

“Chicos, decía, he hecho *burro*; pero de una manera asombrosa.—Espícate, le dijeron cuatro ó cinco que en otra mesa apuraban algunas copas de catalan para remojar las fichas del dominó. Cuenta que ha sido ello.—Miseria! una torpeza. Fuf á dar con el mismo de la otra noche á quien clavé la banderilla de media onza para mi padre insepulto.—Bárbaro! pero qué estabas ciego?—No, hombre, sino que el *payo* estrenó vestido y no le conocí de pronto.—Pero él si te conoció, majadero. Apuesto á que á mí no me conoce, y eso que ya dos veces le he caído; una cuando *mi muger estaba de parto*, y otra cuando *mi hermano estaba para salir de la cama*. En la primera le *soplé* cuatro duros, y en la segunda un pantalón y un paltó que vendí á R.* en cinco; y todavía pienso ir pasado mañana á pedirle para libros, pues como *so un estudiante pobre*, añadí fingiendo una voz planídera que ya había escuchado, *necesito auxiliar mi carrera con la buena alma de los hombres generosos*.—No te descuides, el *pichón* ya *orejeó*, y es muy ladino.—Ya verémos si es mas *pico* que nosotros.”

No pude sufrir mas: boté un peso sobre la mesa estrepitosamente, volvieron ellos la cara y se encontraron con la mirada del mas soberano desprecio que les diriji. Ellos con la mayor calma del mundo me vieron, se miraron y siguieron sorbiendo sus copas. Se conoce que son hombres probados y aprobados en la gramática parda, y que han estudiado por principios la facultad que les da de vivir.

Este sistema hacendario que tan buenos efectos produce en la corte, es mejor que todos los inventados hasta aquí, y presenta grandísimas ventajas y pocos riesgos á los que lo cultivan, porque ni está sujeto á los peligros que ofrece la profesion de un camino real, ni los adeptos dejan de presentarse en la sociedad haciendo el papel que mas cuadre á sus gustos y costumbres. Los que se han dedicado á esa carrera son muchos, como

puedes suponer, atendidas las seguridades que ofrece. Por lo mismo hay jóvenes, ancianos, niñas, viejas y de toda clase de edades y sexos; se encuentran por donde quiera, pero mas principalmente en los hoteles y sociedades.

Y librete Dios de que uno de esos te llegue á marcar como su *cuervo*, porque sin ser él San Onofre, hará que lo mantengas de todo á todo, para conseguir lo cual, te improvisará una multitud de anécdotas, y te sorprenderá con una multitud de entradas y salidas, que bien las codiciaría un orador para conmover á su auditorio.

Las mas fecundas en eso de arbitrios para echar gabelas sobre un prójimo, son las hembras de edad madura, porque ademas de usar de mil figuras retóricas de grande efecto, cuentan con el último de todos sus arbitrios, y es el de ofrecer sus servicios personales en cambio de los servicios pecuniarios que solicitan; sin que falten otras que vayan aun mas léjos, pues con pretesto de una falsa necesidad sacrifican á las personas que les son mas allegadas.

Hay en la corte una casa destinada á recojer mendigos: todavía no la conozco: pero lo que son los mendigos los encuentro á cada paso, quizá porque ya no caben en aquella casa. ¡Pero y los mendigos de frac y las pordioseras de tápalo no tienen un asilo? No seria una obra humanitaria el recojer á todor esos y esas, y ponerlos á trabajar en provecho de los hermanos enfermos, de las hijas desnudas, de los niños hambrientos que dicen tienen? Pero eso seria privarlos de su libertad y hacerlos descender de la alta posiccion que ocupan. Por otra parte, qué papel harian esos señores y señoras, manejando los unos el martillo ó el escoplo, y las otras la aguja ó la plancha, llenos de dijes y sortijas y engalanadas con argelinas y manteletas? El trabajo es propio para ganar panes pero nunca seria propio para la gente hidalga y cortesana.

Además, por mucho que el trabajo produjera, nunca sería bastante para vestir con alguna decencia, para ir al teatro y á las sociedades, para echar copas y albures, para gastar en días de campo y en bailes. El trabajo, además de ser degradante, es improductivo, y malamente podría satisfacer todas las exigencias de los que han abrazado la profesión de petardistas, en la cual, una hora bien empleada, un tiro bien calculado, un anzuelo bien dirigido, dan mas producto que una semana de trabajo en cualquiera oficina ó taller, sea el que fuere. Un artesano trabaja todo el día y gana cuatro reales, sin poder disponer mas que del domingo. Un hacendista de esos de que he sido víctima, puede, sabiendo menear bien la lengua, sacar á cualquier cristiano en un minuto un par de pesos. ¡Vé qué diferencia! Lo demás del día queda libre para pasear y echar vistazos á los contribuyentes en proyecto, y para acordar con los socios el modo de ir á exigir el pago de esos tributos directos, inversos de los que se pagan por profesiones y ejercicios laborativos, pues el gobierno cobra á los que los ejercen; pero en nuestro caso se cobran por los que tienen ese giro industrial.

Cuando uno de estos quiere sacar mayores productos de su oficio discurre un medio que en las actuales circunstancias pega á las mil maravillas. Forma una lista en un pliego de papel, y pone cinco ó seis nombres de personas bien conocidas que han contribuido para tal función á tal santo por las necesidades presentes. Se mete en todas las casas y pide se apunten con alguna cantidad para tan piadoso objeto. En vista de que el Sr. D. H.* consta ya con diez pesos que pagó, no hay inconveniente en escribir mas abajo el nombre del bauzan, seguido de cuatro ó de cinco pesos que en el acto desembolsa, y así continua la lista hasta reunir el industrioso devoto unos cien ó doscientos pesos que ni por las narices le pasan al santo que sirvió de patron para la colecta.

Ó bien abre una suscripción en favor de la viuda de tal gefe, ó en beneficio de tal persona cautiva entre los que gritan libertad, ó para socorrer á los que en el incendio del día tantos perdieron su fortuna, ó para cualquiera otra obra *filantrópica* por el estilo. Pero esto no lo hacen sino los que han llegado á recibir la borla en esas humanidades. Un aprendiz, un bachiller, fracasarían.

He aquí otra cosa exclusivamente de la corte, *la industria ejercida por caballeros y damas*. Digo exclusiva de la corte, porque aun los socios de esta universidad que por nuestras batuecas hemos visto, como aquella remesa que nos fué cuando los vecinos del Norte hicieron despejar á muchos, eran hijos legítimos de la corte: ni podía ser de otra manera. Allá son contados los individuos y todos nos conocemos mutuamente; por lo mismo no hay lugar á esas novelas ó historias con que aquí sacan al prójimo las pesetas que Dios le dió. Hasta otra vez, mi querida mujer. — *Caralampio*.

Méjico, 22 de junio de 1859.

Al empeño decidido que hay en la corte por ir mucho mas allá de los posibles que cada hijo de vecino tiene, ó como decimos en las Batuecas, por estirar los piés mas de lo que cubre la sábana, entiendo que se debe aquí mas hambre diaria que la que se padece en tiempo de sitio, sin que escapen de ella aun las clases un poco superiores, y que se encuentran en la calle ostentando trajes casi suntuosos y adornos que de lo que ménos podrian dar idea seria de pobreza y necesidad. Pero lo cierto es, que esas mismas personas que están pendientes de si llegó la carga al puerto de Liverpool ó al gran Oriental para ir á escojer de las primeras los vestidos de quillas que han anunciado; que no pierden de vista las novedades que esperan en la ciudad de Lóndres ó en el Bazar

del comercio para ir á tomar el abanico, el peinado ó la sombrilla, esas mismas personas, digo, apénas si pasan dos dias sin que no tengan que despojarse de algunos de esos adornos y atavios para enviarlos envueltos en sus pañuelos á uno de los muchísimos *montes de piedad*, llamados así por sarcasmo, por una irrisión casi insultante.

Ademas del antiguo y por tanto retrógrado establecimiento llamado así por escelencia, donde todavia son tan tontos que no han dado cabida á la civilizaci6n dominante, hay otros doscientos y pico—ya verás si abundan— en donde la contabilidad, el giro y las utilidades van en consonancia con el siglo. En el primero han permanecido estacionarios, y desde que un Sr. Terreros tuvo la batuecada de contentarse con un seis por ciento en cambio de los pesos sonantes que entregaba sobre alhajas ó ropas, no han salido de ese pasito, no obstante los multiplicados ejemplos que por todas partes brotan de como debe manejarse lo del *lucro cesante y daño emergente*. Por lo mismo no seré yo el que pierda mi tiempo en hablar de esa creacion anticuada y oscurantista, por la que ni pasan los años ni entran las reformas de un siglo civilizador y metalizado. Te hablaré de las otras que esas merecen nuestra atencion y consideraciones.

Te he dicho que su número alcanzaba á doscientos, y he andado corto; pues apénas habrá calle en que no se encuentre una casa de esas por lo ménos. Todas se conocen, ademas del indispensable rótulo en letras grandes, por una jaula en que está encerrado el animal bravo que desde allí trata de devorar á todos los que tienen que hacer con él. Esa jaula tiene una puerta pequeña por donde entran los objetos destinados al cautiverio, y por donde salen los poquísimos que tienen la fortuna de ser rescatados.

En esos bosquejos de Rio frio se reciben toda clase de prendas ya sea ropa de uso, ya sean alhajas, armas y todo lo que tenga un valor conocido; pero con la circuns-

tancia de que nunca prestan sobre ello sino la octava parte de su valor. Eso sí con la mayor religiosidad del mundo descuentan el miserable veinticinco por ciento desde ántes que se entregue el dinero; y lo demas se da al dueño de la prenda para que socorra sus necesidades. Tirada la cuenta esacta de lo que se paga por el beneficio que hacen al prójimo de mantenerse á sus espensas, viene á salir un treinta y tres ó mas de utilidad á esos descendientes de Anás y vas á ver cómo.

Supongamos que la prenda que reciben es un reloj de oro, valioso en cien pesos. Sobre él suplen unos diez pero no recibe esa cantidad el dueño, sino simplemente ocho pesos, seis reales por cuanto el rédito comienza á correr y se paga desde el instante en que se habla al israelita para el préstamo. Si á los cuatro ó cinco dias hay la oportunidad de redimir aquel cautivo, el rescate se verifica por los mismos diez pesos, como si hubiera durado un año el almacenaje; mas si se aumenta el tiempo de la prision, se va recargando el tanto por ciento mensual hasta los seis meses, en cuyo plazo el reloj se da por vendido y pasa á ser propiedad del que *lo compra*, y el antiguo dueño tiene que darse por satisfecho con que le devuelvan unos tres ó cuatro pesos por demasia.

Ahora, sucede muchas veces que el dueño de la prenda perdió el pedazo de papel que le sirve de título para recobrar su objeto; y entónces tiene poco ménos que perdida la esperanza de volverse á juntar con él; porque tiene que dar tantos pasos para agenciarse un fiador de casa conocida, con comercio abierto y tantos otros requisitos que á muy poco andar se ve que no costea la fatiga, y se resuelve el propietario á dejar perdido lo que está en vísporas de salir para siempre de su dominio por cualquier otra causa.

En cambio de esas ventajas tiene el desventurado que cae en esos cepos una certeza, y es que lo que empeñó

está devengando el cuidado que se le dispensa, porque el dueño del establecimiento es sumamente escrupuloso con lo que se le confia, y quiere que no se pierdan las cosas por falta de uso. Así es que si hay un baile en el barrio, y tres ó cuatro fregonas quieren ir á echarla de señoras, ocurren á la casa de empeño mas inmediata y alquilan el *tápalo* ó el vestido de seda, ó la cadena de oro, ó los pendientes, ó cualquiera otra cosa de las que allí hay y ellas necesitan; y entónces viene á ser eso lo que llamamos nosotros *mamar y beber leche*. Hay un casamiento, y los novios y padrinos—siendo gente *non svncta*, se supone—van á sacar las galas que han de lucir á la misma fuente, mediante un módico alquiler de tres ó cuatro duros por persona; y eso se llama *hacer lazo por las dos puntas*.

Pero, en fin; los que tal hacen tiene por lo ménos el mérito de entregar al pobre solicitante los auxilios en dinero; pero hay otros que no dan sino una parte muy pequeña en plata y lo demas en efectos; y ya te harás cargo que no son de la mejor calidad los que hay que recibir, sino que siempre procuran deshacerse de los que por los muchos años y por los no ménos estragos se han convertido, segun su tecnicismo, en *mulas*, y de mala rienda y peor pescuezo. Las dan al precio que en la plaza tienen los de la misma especie, pero de calidad superior: rebajan el premio correspondiente y estienden documentos en que hacen mentir al infeliz beneficiado con el mayor descaro del mundo, puesto que bajo su firma asegura que es deudor á *Samuel Levi* de tal cantidad que le ha franqueado sin descuento ni premio alguno y solo por hacerle bien y buena obra. Con tal documento y con una buena prenda cualquiera, que valga ocho tantos mas de la deuda, ó con una libraneta aceptada, ó con cualquiera de esas otras frioleritas así, ya puede el individuo disponer de los efectos recibidos y venderlos en la cuarta parte de lo que le costaron, tal vez al mis-

mo que se los entregó ó á un agente suyo que anda siempre á caza de tales lances, con lo cual se consigue vender muchas veces una misma cosa, y sacar en cada uno de esos contratos un módico ciento cincuenta por ciento.

Otra de las ventajas inherentes á tal profesion es que las prendas empeñadas pueden ser de aquellas que se encuentran ántes de que el dueño las pierda; y que no pudiéndose sacar á plena luz, como dizque sucede con cierto líquido precioso porque se pierde, encuentran sepultura temporal en uno de esos limbos, y como lo que ménos les importa al empeñante y al prestamista es que salga del encierro, al uno por no tener que andar en aclaraciones sobre la propiedad y al otro por adquirir una cosa de valor por una vagatela, hay un contrato tácito entre ambos individuos, ventajoso para los dos, lo cual no sucede muchas veces en la vida. Cuando se sabe á punto fijo que el objeto es de los que no *ven por todas partes*, ó en términos propios, que *es tuerto*, lo primero en que se piensa es en darle nueva forma y dejarlo de tal modo inconocible, que el dueño mismo, por feliz que fuera su memoria, lo veria sin desconfianza y sin emocion alguna.

El que empeñó, aun quando quisiera reclamar tendria mil dificultades para hacerlo; porque si bien es cierto que se le dá un boleto con tales señas, el que hizo uno puede hacer dos, y con anotar en el asiento que el número tantos está ya satisfecho, vé á probar que hubo gato encerrado en el boleto suplantado. Ahora, no se averigua al tomar las prendas si son bien ó mal adquiridas, lo cual trae inapreciables ventajas para el parroquiano y para la casa, que pueden á un tiempo mismo favorecerse y procurarse buenas utilidades, como se las proporcionan á otros de cuyas casas tambien me parece bueno hablar.

Son estas unos *peladeros* que llevan el nombre de *bazares*, copiado de donde tu quieras. En ellas se compra

toda clase de alhajas, ropa, muebles, y cuanto se puede vender luego; y preciso es convenir en que tales *trasquiladeros* son de un grandísimo recurso para todo el que necesita un peso y tiene cosa de qué sacarlo. Mas nunca debe el individuo echar cuentas alegres, porque se espondria á mil chascos que le harian un pésimo efecto. Así es que si necesita, como dije, un peso, debe llevar una alhaja ó prenda que valga siquiera veinte, aunque por otra parte no se le dé un comino si es de buena ó mala procedencia. Lo que importa es que sea de valor la cosa que vende, y que se resigne á darla en la primera oferta que le hagan, la cual nunca excede de la vigésima ó dieziseisava parte; porque si se fia en que en otro bazar estará el dueño ménos apegado á la ley de Moisés, y desengañado vuelve á recibir lo que le ofrecieron, se encuentra con que ya el comprador lo pensó mejor, y no le gusta que hagan pasear las cosas que le proponen en venta.

La necesidad urge, y el vendedor insta, y tiene que aceptar, por no perderlo todo, una nueva posicion aun mas judáica, que la primera; y lo que le costó hace ocho dias tanto hoy debo darlo en quince partes ménos de lo quo él pagó.

Por el contrario, quando se va á comprar una cosa se dejan pedir esos israelitas lo mismo que si los efectos fueran sacados de la tienda. No habrá quien compre, dirás; pero yo te respondo que era necesario que la vanidad no estuviera tan estendida en la corte. Muchas personas, aun quando se queden sin comer dos dias, van á los bazares á surtirse de objetos de lujo, que siempre cuestan un poco ménos que donde los hay nuevos; y por el deseo de estrenar (aun quando es viejo el objeto) no hacen caso de si el anterior dueño murió de tisis ó de lepra. Ello que á muy pocos dias volveran las cosas como los rios, al mar de donde salieron; pero mientras se ha escitado la envidia de una vecina, la admiracion de

un novio, ó la curiosidad de una parienta. Y esa curiosidad, esa admiracion, y esa envidia vienen á decir nada ménos que el hambre de los muchachos y el aumento del pasivo del gefe de la colonia, quien llega un dia á privarse de pasar por media ciudad, á causa de los muchos *ingleses* que tales derroches han creado.

Todos quieren parecer mucho mas de lo que son; y con mil trabajos hallarás uno solo que tenga la filosofia necesaria de confesar que no estrena tal ó cual cosa porque no tiene con qué; y todavia mas dificilmente, quien se limite á sus recursos y no contraiga mas deudas que un gobierno.

Por eso en la corte son tan necesarios los *montes de piedad*, las tiendas de los descendientes de Jacob, los desolladeros de los que compran y venden, y la existencia de esos filántropos que se contenta, con un toston en el peso semanariamente, y creen que han ganado el cielo ejerciendo actos tan caritativos.

Aquí doy fin á esta epístola; porque como aun no cede la irritacion *pascual*, voy á tomar un baño que un médico famoso, de esos que hablan chapurrado, ha querido que tome. En otra vez te contaré otras cosas que aun me faltan. — *Caralampio*.

Méjico, 25 de Junio de 1859.

Ahora sí que he quedado convencido de que de algo sirven las enfermedades, lo que hasta aquí jamas habia podido pasar, no obstante que algunos se empeñaban en hacerme creer que cuanto acontece al hombre es para su mayor felicidad, ora en el órden fisico ora en el órden moral. Dejo á los inteligentes debatir esta interesante cuestion, que á mí no me importa; y vengo á lo que sí hace á mi propósito; es decir, á demostrarte que las enfermedades de algo sirven en esta pícara vida. Si á consecuencia de lo mucho que me estropeó la ida á Tlalpam no me hubiera buscado una irritacion mas regular que un franciscano, el médico nada tendria que haber hecho conmigo; y no teniendo que hacer, no me habria mandado tomar baños; y no tomándolos, no habria tenido ocasion de conocer esos preciosos establecimientos,

creados en la corte para limpieza, diversion y refocilamiento de los hijos de este suelo venturoso.

Porque ya sabes cuánto es el horror que tengo á los baños dentro de las cuatro paredes, y que cuando el aseo de mi persona lo exige, me voy pasito á paso á lo mas apartado de aquel hermoso río que rodea nuestras Batuecas, donde sé, á no dudarlo, que si hay desecho de malos humores y de otros alifafes, sé tambien que el agua se renueva diariamente y se purifica con su invariable curso; miéntras que en una tina ó *placer*, como algunos dicen aquí, hay necesidad de usar lo que otros han usado, y bañarse en la misma pieza donde otro ha dejado cuanto pudo.

Mas aquí en la corte no hay ese peligro, merced, á las sabias precauciones tomadas por los que han inventado essas cosas, dignas de la cultura y civilizacion del siglo XIX. Porque has de saber, Bibiana mia, que en una sala de quince ó veinte varas de longitud, se van formando con tabiques de ladrillo ó de tabla una buena porcion de aposentos, á los que se dan dos ó dos varas y media de largo por igual cantidad de ancho; eso cuando el local lo permite, que cuando no, tiene que contentarse el bañador con un terreno mas escaso relativamente, que el de la república de Andorra. En ese espacio acomodan una tina, las mas veces de zinc con sus dos llaves para surtir de agua fria ó caliente, un par de sillas, un aguamanil, un espejo y una estera. En otras partes, aunque bien raras, se añade una escupidera y un orinal.

Luego que un ciudadano se presenta en aquel lugar, un oficioso sirviente se apresura á llevar al número tantos, una charola que contiene la bata de baño, una toalla, dos pomitos con esencia, cepillos y peines, y un par de tijeras para las uñas: item mas, unas hebras de mecate formando un gracioso nido de gorriones, y una teja de jabon tan sutil, tan volátil, que hay necesidad de llevar la mano á la boca, para que el aliento no la ponga

en fuga. Hecho esto, queda el parroquiano á sus solas y se sirve la agua que necesita á todo su gusto, pues para esto tiene á su disposicion ambas llaves.

Pero aquí empiezan los apuros del susodicho; porque á proporcion que el agua caliente comienza á descender sobre la taza del baño, se comienzan á desprender todos los residuos de la refaccion anterior, y se va formando una tela tan compacta, tan espesa, tan palpable sobre la superficie del agua, que bien se puede creer trasportado al interior de una cocina, donde acaban de lavar los platos de un suculento almuerzo. Si el individuo quiere tomarse el trabajo de dar salida á aquella colecta, y abre la válvula que la ostruye, á la segunda y á la tercera vez que haga bajar el agua se encontrará con un contingente igual, y en medio de dejar limpia la tina acabará sus fuerzas y su tiempo, sin que por eso deje de recibir ántes que de agua, un baño de grasa, dejada allí por todos los que le antecedieron en la posesion momentánea del baño.

Si prescindiendo de todo eso hay la resolucion bastante de zambullirse en el agua, sucederá que miéntras la cabeza y los ojos están llenos de espuma de jabon, se cuele dentro del aposento, *hospite insalutatò*, una persona ya del mismo, ya de diferente sexo; que por advertida inadvertencia quiere tomar en buena compañía igual refrigerio, no obstante leerse muy claramente que no se permite la reunion de dos personas en un solo baño; aunque para hablar con exactitud no en todas partes han tenido esa precaucion, pues hay donde la advertencia se hace en estos términos: "Quando dos personas entren á un mismo aposento, pagarán doble, aun cuando una de ellas no se bañe."

¿Quién no comprende desde luego que lo único de que se cuida es de que se pague el alquiler de la pieza, ora sirva para el baño, ora se destine á cualquier otro uso? Eso, y el estar los tabiques de division tan bajos que

sin necesidad de ser acróbata se pueden escalar, ofrece mil motivos de diversion y de regocijo á los que andan á caza de locas aventuras. Es verdad que cada aposento tiene su cerradura interior; pero como no es raro que los criados olviden algunos de los útiles á tiempo de abrir las puertas de aquel retrete, hay necesidad de dejar abierto para evitarse el salir del baño cual otro Adán á recibir el objeto olvidado, á pasarse sin él, lo cual no siempre se puede.

Por otra parte, es preciso convenir en que si á unos cuantos batuecos no les convienen visitas de esa especie á la hora de tomar un baño, eso no quiere decir que la totalidad de la gente cortesana vea con ejeriza á todos los que pueden proporcionarle algun momento de placer, en pos del cual corre siempre sin detenerse, y por el cual tiene sus mas dulces afecciones. Así es que no por dar gusto á unos cuantos imbéciles que no han comprendido todavía que la vida se hizo para gozar y nada mas, se ha de prohibir la entrada á los que sean capaces de proporcionar á un buen parroquiano cuanto contentamiento pudiera apetecer. A los que se bañan frecuentemente, y por tanto dejan lucros á la casa, se les procuran cuantas ventajas pueden decaer; y para tenerlos mas contentos se les da por una de sus pasiones dominantes, la música; y al mismo tiempo que están sintiendo las dulces impresiones de una agua agradablemente tibia; se regala el oido con las notas arrancadas á un desventurado piano por las dedos algo torpes de un aprendiz de música.

Ayer cabalmente he notado que todas las casas de baño estaban verdaderamente de fiesta, á consecuencia de que hay aquí la costumbre precisa de ponerles bajo la proteccion de San Juan Bautista, quizá por haber sido este santo afecto á la *hidropatia*; segun reza la leyenda, y cuenta uno de los defensores de ese sistema. Por consiguiente, el dia que la Iglesia recuerda el nacimien-

to de ese santo, todos los baños con arreglo á una muy antigua usanza, se engalan con arcos y flores, se ponen cortinas, se riega el suelo y se hacen otras demostraciones de regocijo, v. g., el poner en las jaboneras unos curiosos pescaditos de jabon, dorados y con unos recortes diminutos de seda que llaman flores. Las toallas y las batas ese dia están albeando de limpieza y no se han sacado de un baño, y secado para otro que se ocupa un poco mas tarde. Aun los mozos de servicio ese dia, procuran ser mas afables que en el resto del año y se presentan con cuanto aseo les es posible.

Por estos motivos quedé admirablemente sorprendido cuando ayer en lugar de traerme una bata algo mas gruesa que de brin y un poco mas morena que camisa de leona, ni pude encontrar las señales de su próxima pasada fatiga, ni encontré el agradable calor que le comunica el sol á una pieza de ropa cuando se le quiere dar ese único beneficio. Así es que con el mayor gusto del mundo salí de mi refrigerante baño, me envolví en mi bata y me calé, como es de ordenaza, la toalla en la cabeza, con todo lo cual, cuando me ví en el espejo, dudaba si era yo el Caralampio de siempre, ó si por un milagro de las hadas me habia convertido en un musulman embutido en su blanco albornoz y cubierto de su eterno turbante. En esas cavilaciones me encontraba sumergido cuando la voz del mozo de servicio me sacó de ellas. “¿Se calienta la ropa? me preguntaba muy solícito.—¿Cuál ropa? pregunté sin saber si era yo el interpelado, como dicen los padres conscriptos cuando en el salon de un congreso se hacen sus confidencias.—La bata, la camisa, los calzoncillos, el chaleco.—Anda al diablo con tus calentamientos y déjame en paz.” Un gruñido intraducible puso término á ese diálogo á travez de la puerta, y hasta muy tarde comprendí que lo que ocasionaba aquella conclusion era la falta de propina que perdía con mi repulsa á sus ofrecimientos. Porque ya

otras veces te lo he dicho, y ahora te lo repetiré: en Méjico todo lo encuentras como lo busques, todo lo hay á pedir de boca, ó para hablar con mas claridad á pedir de bolsa. De nada te sirve que tú pagues lo que la tarifa de tal establecimiento reza; siempre se entiende aquella tazacion sin perjuicio de tercero, y precisamente á quienes les viene de molde esas tercerias es á los criados y á las criadas de todo establecimiento público, y no pocos de los de las casas particulares.

Antiguamente no tenia la corte estos precisos establecimientos para la salud y placer de los cortesanos; pero en cambio habia otros en que se media la agua fria y caliente y pasaba á unas tinas de palo, cuyas averias y contratiempos eran cubiertas con sebo, lo cual si no era muy agradable al tacto, á la vista y al olfato, era eficazísimo para la salud, por cuanto dicen los inteligentes que el sebo es muy medicinal; y tal podria ser el fisico del paciente, que saliera curado de algun achaque en cambio de otros que podia adquirir en un baño que servia para todo el mundo, y con quien nada tenia que hacer la junta de salubridad. Pero ya esto ha desaparecido en su mayor parte, así como los famosos *temascales* en donde se curaban radicalmente todas las enfermedades del sexo femenino, mediante un cuasi asamiento á fuego lento.

Hoy no: la medicina que progresa lo mismo que todo, ha cambiado la proa y se ha dirigido á otros terrenos no explotados. Así es que existen hoy como una cosa probada y aprobada para la salud, baños *de agua corriente*, baños *de ducha*, baños *de regadera* y otra multitud que por de pronto no me acuerdo. Tambien es sumamente probado por sus buenos efectos, bañarse en domingo, de preferencia á cualquier otro dia; lo que sabido por los dueños de los baños les inspiró la buena idea de aumentar en los dias de fiesta el precio de la ablucion, quizá para acallar con el ruido del aumento, los gritos y escrúpulos del agua por hacerla quebrantar

el precepto del Decálogo que previene no se trabaje en tales dias.

Con los baños voy quedando espedito para continuar mis escursiones; por consiguiente, en breve seguiré dándote mas noticias de lo que me encuentre por la corte. Miétras tanto, adios.— *Caralampio*.

el alto, se preguntan *si son moros ó cristianos*, pues parece que están son guerras de religion, debiendo por fuerza estar en oposicion, quieran ó no, á guisa de suegras y yernos. Sucede muchas veces que la falange A, pocos momentos de haber gritado *soy cristiana*, y haberse dado una buena felpa con la faccion B que era *mora*, enscuentra á la banda C, que es cristiana y se bate con ella de lo lindo, bajo estandarte diverso. Parece que esta costumbre tiene por objeto esclusivo el ir acostumbrando á los jovencitos á que nunca sienten los cascós, pues eso es de un efecto retrógado, sino á defender hoy el Alcoran y mañana la Biblia, lo cual es mas progresista sin comparacion. Por eso hemos visto á tantos continuar en su mayor edad esa diferencia, y mas que diferencia contradiccion en las causas que han defendido. Sin duda que hoy creen todavía que juegan á las guerras de S. Juan, y por eso ayer gritaron muera la morisma, y hoy se desgañitan gritando muera el cristianismo.

Una vez sabido el color del bando opuesto, por fuerza se acepta el contrario, y despues de echarse unas cuantas desvergüenzas, que hacen oficios de proclamas y manifestos, despues de sacarse á la cara que el uno es hijo de barbero y el otro de tortallera, en cuyo lenguaje ó historia se encuentran perfectamente instruidos, comienza el fuego graneado de piedras, del que no pocas veces resultan diez ó doce descalabrados y otros pocos contusos. Si la pelea se encarniza, como sucede á veces, mediante tal cual palabra eléctrica que se desprende de alguno ó de los dos partidos, palabra que revela poridades de familia, y que surte mas efecto que aquel famoso "*cuarenta siglos os contemplan*," entónces se echa mano de la arma blanca y se dá una carga al palo, y se rompen tres ó cuatro costillas. Allí en ese punto comienzan las imprecaciones de los heridos, los sustos de los vencedores á la vista de la sangre, los lloros de los reclusos, y las maldiciones de las madres y padres de

los mal parados, quienes procuran huir mientras que sus progenitores sin curarse del derecho de guerra, ni de la neutralidad que debian guardar por las prescripciones del derecho internacional, toman parte en los hechos de armas y dan sobre los vencedores con cuanta furia pueden, ora sus enemigos sean débiles criaturas, ora los vean con armas casi inofensivas.

Pero tamaña felonía no queda impune: otra potencia poderosa, en vista del quebrantamiento de neutralidad tan escandaloso, hace suya la cuestion; y con armas poco mas ó ménos iguales, es decir con puñales y con piedras se comienza la lid, en la que poco á poco se mezclan nuevos auxiliares de una y otra parte, bien por defender el honor del barrio, que es como si dijéramos la nacionalidad, bien porque son parientes de los chicos que dieron principio á la batalla, bien porque se presenta la ocasion de humillar á un rival, ó bien, en fin, porque el santo Precursor tiene el privilegio de que en su día se medio maten algunos cristianos para honrar su nacimiento.

Cuando ya ha corrido alguna sangre, cuando ya un barrio se ha levantado contra otro, y amenaza tomar la funcion de armas dimensiones colosales, aparece la policia, que es como un congreso supremo que viene á traer la oliva de la paz, aunque su método es un poco mas significativo. Se abre campo entre los contendientes, derriba al uno, pilla al otro, cintarea á aquel, y no sin recibir de vez en cuando algun proyectil ó alguna herida mas ó ménos grave, consigue llevar á los inocentes y pacíficos tal vez á una de las hospederías destinadas á los turbulentos de todas líneas, á uno de esos hoteles para el público que innoblemente llaman cárceles.

Al día siguiente algunos muertos, unos pocos mas heridos, familias ó huérfanas ó con el padre y la madre en cautividad, muchachos aporreados, otros desnudos á causa de las luchas pasadas, gorros y fusiles despedaza-

dos, fragmentos de banderas y espadas: hé aquí el campo de batalla, y hé aquí todo lo que deja en la cortésana México el nacimiento de San Juan Bautista. Pero eso es ahora; ántes, según me cuentan algunos conocedores del país, la cosa era mas en grande, el entusiasmo mayor, y nunca se creía que el día de San Juan había sido bueno si no se daban sendos porrazos los de los barrios antagonistas. Casi, casi van perdiéndose esas costumbres belicosas: el espíritu guerrero muere: los espectáculos bellísimos que daban los barrios de San Pablo y la Palma van convirtiéndose en recuerdos históricos, y es verdaderamente lastimoso que no se trate de reanimar ese espíritu público que se sublevaba por solo el motivo de haber venido al mundo un santo tan pacífico como creo lo fué el predicador del desierto. Ya he dicho, aunque de paso, las ventajas que resultan de ir formando un pueblo guerrero, y mas que guerrero versátil en los principios que defiende; y como este segundo es de inapreciables ventajas para la vida de las naciones, ereo que á la vuelta de treinta dias de San Juan, ya tendríamos unos soldados con los cuales podríamos defender hasta el imperio Chino ó la república de 93, porque á todo se prestarían.

Otra de las ventajas que esta costumbre trae es la protección directa á las artes; porque en los dias que preceden al de San Juan se ocupan muchísimos en la fabricación de uniformes y de armas para lo cual se ocurre á las fábricas de papel, al espendio de colores, á la oficina del batejero. Los pintores aguzan su ingenio para poner en las banderas y estandartes los animales mas raros y desconocidos que parodien el águila nacional: los carpinteros abandonan toda ocupacion para dedicarse á hacer magníficos sables que sirvan en las campañas, y otros muchos hacen una poda completa en los carrizales para proveer de fusiles á los belicosos chicos. Este movimiento produce mucho bien en una po-

blacion, no hay duda; y ese movimiento es la vida de las naciones. Por tanto, concluyo que la corte no tiene tanta vida como en los dias de San Juan y otros por el estilo.

Adios, hija mia: ya he tomado todos los diseños que he creído indispensables para remitirlos á las Batuecas, á fin de ver si se trasladan allá estas civilizadísimas costumbres, porque te confieso que me han gustado hasta no mas. Adios.—*Caralampio.*

Méjico, 1° de Julio de 1859.

Supuesta mi decisiva vocacion de cortesano perfecto, y creyéndote ya hoy día suficientemente catequizada y apta para venir á dar honor á nuestras Batuecas, he resuelto por todos los caminos posibles comenzar á prepararte el nido en que has de venir á vivir, y de donde has de lanzar tu vuelo á la vida civilizada de Méjico. Busqué por consiguiente en una de las mejores calles una habitacion decente, y he tenido el gusto de encontrarla, que ni mandada hacer. No tiene todo lo que yo quisiera; pero mis amigos dicen que no debo pararme en pequeneces.

Primitivamente dicen que esa casa tenia algunas comodidades; pero el dueño creyó mas oportuno quitárselas para poder aumentar la renta, y á fé que tavo razon.

Antes tenia una sala amplia y unos corredores, que ademas de á ayudar la ventilacion, no obstruian para nada la luz; pero hoy aquella está dividida por tabiques para aumentar el número de piezas, aunque ninguna queda útil, y estos se han convertido en unas lindas pajareras en las que un cristiano tiene que esperar dos horas para que *el señor esté visible*. En cambio de estos accidentillos, ni la sala, ni la pieza que se incubó en ella, ni las demas que se siguen, tienen gran luz; pero eso debe servirnos grandemente para que la vista no se lastime.

Con la mitad de la antigua casa se ha hecho una, y con el resto otra, ambas con igual número de piezas á las que toda ella tenia en mejores tiempos, milagro que está suficientemente explicado con el sistema de tabiques, pajareras y alacenas, á lo que pomposamente se da el nombre de recamaras, gabinetes, alcobas y antesalas. La vista queda perfectamente satisfecha con la multitud de colores, grecas y rúbricas con que están decoradas las paredes y cielos: los pavimentos están un poco semejantes á los caminos de la república en cuanto á lo montañosos y desnivelados; pero vale que no ha de servir para hacer operaciones geodésicas, ó para observaciones astronómicas, en las que segun dicen, una hoja de papel acerca los astros. Verdad es tambien que el aguador, el carbonero y los demas individuos de esa calaña: tienen que hacer su triunfal entrada por una parte de nuestras habitaciones; pero esos testigos mas tendremos de nuestro modo de vivir, y como ya desde ahora me prometo que ha de ser bueno, creo que no hay razon para que nos escusemos de su testimonio.

Pues bien: lo que es la casa ya esta en facha y solamente nos falta llenarla con todos los diferentes muebles que han de servir para nuestro servicio; y aunque quiero que sean de honra, para lo cual me desentiendo del provecho, no quiero ir á buscarlos á la calle de San Francisco ó la Profesa porque serán ó no de tono: eso lo

decidirá el vendedor sin que yo le pueda poner peros; y lo que yo busco es una cosa que esté ya reconocida y proclamada elegante y con los requisitos de buen gusto que en la corte son indispensables. Por consiguiente, y como la fortuna me protege en todas mis cosas, he aquí que hojeo uno de los periódicos diarios á que por moda me he suscrito, y me encuentro sin trabajo con un aviso que trae en la tercera plana, el cual me cuenta que “habiéndose vuelto para Europa el S. D. X.* ha encargado al que suscribe de la venta de sus muebles compuesto de ajuares de rosa, caoba y cedro, todo de última moda pues era conocido su buen gusto. Todo se vende al mejor postor y los compradores serán servidos á placer.”

Para qué buscar mas? El Sr. D. X.* hombre de buen gusto generalmente conocido, no podia tener en su casa sino cosas esquisitas, y vendiéndose en remate particular, á la vista, al contado y sin reclamo, creo que muy torpe seria si no me aprovechara de tal ganga en la que me es fácil hacerme de muy buenas cosas á muy buen precio. Sobre la marcha al remate; tanto mas cuanto que ya va á ser hora de que comience y será una lastima que no estuviera yo desde el principio para escojer á mi gusto lo mejorcito que hubiera.

El remate estaba fijado para las once de la mañana: eran las diez y media, y por tanto, dando zancadas largas llegué á la casa del Sr. D. X.* con una exactitud inglesa. Estaba allí el que suscribia, tres acólitos y cuatro ó cinco honrados caballeros que presumí fuese compradores. Todos me echaron una rápida mirada, y sus ojos brillaron de placer, cuando analizaron mi bonachona fisonomía. A fuerza de esperar dió la una, y ya entonces la sala estaba completamente llena, sirviendo por última vez de cuenta del vendedor todos los muebles para uso del respetable público. Solo me chocaba una cosa que no me la podia explicar. La casa tenia una sola sala y una antesala tambien única, y sin embargo ha-

bia allí sofás, y confidentes, y sillones, y sillas para amueblar y convertir cada una de las piezas, inclusa la cocina, en un decente salon. Eso me reveló un lujo inimitable, y me hizo suspirar por cuanto me veia incapaz de llegar á él. Al mismo respecto se encontraban las camas, los espejos, las pinturas, &c., &c., lo cual no me dejó duda de que en el tiempo de haber estado habitada la casa, forzosamente debieron vivir las señoras en los corredores, puesto que las piezas no dejaban espacio para poner un solo pié.

Comenzó el remate: cada uno de los concurrentes habia con anticipacion echado el ojo á lo que se proponian comprar, y solo esperaba que se pusiera en *puja* para entrar en la lucha. Lo primero porque se comenzó fué un ajuar de sala, compuesto de un sofá, dos sillones y doce sillas, *todo de rosa, vestidos de brocatel de seda, última moda de Paris, en muy decente estado.* El vendedor vestido de riguroso luto y ostentando una rica sortija, un magnífico reloj pendiente de un bejuco de oro, paseó sus miradas por entre todos los circunstantes para escuchar la primera *postura*. Iba yo á abrir los labios para ofrecer doscientos pesos por todo, cuando afortunadamente me interrumpió un hombrecillo flaco y descolorido que ofreció diez pesos por el conjunto. Calcula mi asombro al escuchar semejante blasfemia, cuando oí que aun en doscientos pesos era dado, segun las cualidades que enumeraba la voluble é incansable lengua del *vendutero*. “*Diez pesos, señores, me han ofrecido por un sofá, dos sillones y doce sillas, todo de rosa, vestido de seda, última moda &c., &c., ¿no hay quien dé mas? Vamos, señores: estos son muebles que en la calle de Plateros no costarian ménos de trescientos pesos. . . . Diez pesos! . . . veinte pesos! veinticinco! . . . treinta! . . .*” y seguia subiendo, y volviendo á todas partes sus ojos que leian sin duda los guarismos en el espacio; porque ninguna voz oia yo á lo ménos. “*¿No hay quien*